

CULTURA



LA MECENAS QUE COLECCIONABA AMANTES

Por G. PAJARES - Madrid

Nadie pone en duda a estas alturas la inestimable contribución de Peggy Guggenheim al mundo del arte. Sin su casi inabarcable colección los derroteros del mundo de la creación se habrían escrito, a qué no decirlo, de otra manera, seguro. Su interés por determinadas piezas (y por determinados «piezas», dicho sea con el debido respeto) la hicieron poseer uno de los tesoros artísticos más impresionantes que hoy se puedan contemplar en una colección particular. Si visitan Venecia es inexcusable entrar en el Palacio Vernier del Leoni para poder apreciar una parte de nuestra historia más reciente. «El ángel de la ciudad», un bronce compuesto por caballo y jinete esquemáticos, ambos de Marino Marini, les dará la bienvenida. La suya no ha sido una biografía al uso, quizá porque su familia tampoco lo fue y es ese devenir único excéntrico, rebelde, absolutamente libre y al tiempo

dependiente de los hombres, lo que sigue fascinándonos hoy. Francine Prose, una de las más notables investigadoras actuales, recrea su vida en «El escándalo de la modernidad» (Turner), una biografía en la que el peso artístico de esta mecenas inigualable se compensa con detalles de una existencia vivida y bebida como pocas.

Nació Marguerite Guggenheim sin necesidades económicas y con la vida, económicamente hablando, resuelta. Pronto, en plena adolescencia, se quedó huérfana de padre, Benjamin Guggenheim, director del conglomerado familiar de minas y fundiciones, que falleció, eso sí, con chaqué y puro en ristre, en el naufragio del Titanic. Y con su amante allado. Imposible que a una cría en pleno desarrollo no le marcara (de hecho, determinó ciertos comportamientos vitales, pues siempre buscó en los hombres, los cientos con los que compartió lecho, una representación de la figura paterna). Su madre, Florette Seligman, de origen

judío al igual que su progenitor, tenía la extraña manía de repetir todo tres veces. Su hermana más querida, Benita, falleció tras dar a luz. Hazel, otra de ellas, perdió a sus hijos pequeños en un accidente del que apenas se ha conseguido arrojar luz sobre él, pues ambos niños se precipitaron por la ventana de un apartamento desde una altura de 16 pisos sin que la madre pudiera hacer nada por evitarlo. Impresionante. La cosa no acaba aquí, pues su tío, Washington, mascaba carbón y hielo, alternándolos en su boca, «lo que le dejó los dientes negros. Incluso tenía una chaqueta con bolsillos especiales para guardar ambos. Se suicidó a los cincuenta y seis años dándose un tiro con una pistola», relata Mary Dearborn en la biografía publicada en 2004 «Mistress of Modernism: The Life of Peggy Guggenheim». No es habitual tampoco que a la edad de 21 años se herede una fortuna de 2,5 millones de dólares (una nadería comparada con las millonarias cuentas de sus primos), que le

EN 1921 CONOCIÓ A SU PRIMER MARIDO, LAURENCE VAIL, CON QUIEN SE CASÓ AL AÑO SIGUIENTE

LA MALTRATÓ EN PÚBLICO Y PRIVADO Y A PUNTO ESTUVO DE AHOGARLA EN UNA BAÑERA

permitieron dedicarse a lo que se convertiría en su pasión, el arte. Su trabajo en una librería vanguardista le abrió de par en par los ojos para saber hacia dónde tenía que dirigir su mirada.

Estados Unidos se le quedaba pequeño. Marguerite deseaba explorar, tocar, palpar todo aquello que sabía que se estaba cociendo en Europa, conocer, por qué no, a los protagonistas culturales del

momento. Y vaya si lo hizo. En 1920 aterrizó en París, pisa Montparnasse y se queda fascinada por lo que ve. Alternó, bebió y amadrinó a los más grandes artistas, de Tanguy a Calder (cuyos pendientes sólo podía lucir alguien como ella) pasando por Beckett. Quizá de alguno, pero sólo quizá, se enamoró.

► **LA FIESTA LLEGABA CON VAIL**
El año 1921 sería definitivo en su vida, pues regresa a Nueva York y es allí donde conoce a quien se convertirá en su primer marido, Laurence Vail, un hombre que la dejó fascinada al primer golpe de vista, con su cabello ondulado rubio y su porte, aunque las circunstancias posteriores fueron otras. «Tenía los ojos de un azul brillante y un aire de confianza y legitimidad sustentado en lo mucho que se le conocía en la «café society» de Nueva York y de París. Allá donde fuera la llegada de Vail significaba que la fiesta había empezado. Peggy nunca había conocido a nadie como él», escribe Prose, que recoge así la profunda impresión que

LA RAZÓN

Se casó en dos ocasiones pero presumía de haberse llevado a la cama a más de 400 hombres. Peggy Guggenheim, la gran mecenas del arte, única e incomparable, se jactaba de ser un museo. En Venecia reposa su legado artístico y su leyenda sigue viva

ENREDADA
A Peggy
Guggenheim le
divertían tanto los
hombres como buscar
casa

causó en nuestra protagonista: «En aquella época tenía unos 28 años y me pareció un ser de otro mundo. Fue el primer hombre al que conocí que no llevaba sombrero [...]. Parecía importarle un bledo lo que pensara la gente. Cuando andaba con él por la calle me daba la impresión de que de un momento a otro podía echarse a volar, de tan poco convencional que me parecía su comportamiento». Él vivía con su madre, una aristócrata de Nueva Inglaterra y con su posesiva hermana Clotilde, a quien Peggy define como «la espina de mi matrimonio». La segunda vez que se vieron, Peggy ni pudo ni quiso reprimir sus pulsiones sexuales con Vail. Perdió su virginidad: «No sólo se acostó con Vail sino que lo desconcertó (eso dice ella) al querer probar con él todas las posturas que había visto en un libro de frescos eróticos de Pompeya», narra Prose. Él se declaró en lo alto de la Torre Eiffel y casi al momento de decidir casarse pensaron que lo mejor era tomarse un tiempo. Sin embargo, Vail decidió por ella y el

10 de marzo de 1922 contrajeron matrimonio junto a una corte de borrachos y prostitutas a los que él iba invitando de camino hacia el lugar. La borrachera de ambos fue antológica. Y a ésta seguirían cientos. «Ahora que había logrado lo que tanto quería ya no lo valoraba tanto», escribe Peggy, a lo que añade Prose de manera definitiva: «Diez años más tarde Peggy afirmaría que nunca estuvo enamorada de Vail. “Yo sólo quería follarlo”». Un año y dos meses después nace en Londres su primer hijo, Michael Cedric Sinbad Vail, a quien llamaría por el tercer nombre.

Desde el primer momento de su unión ella se arrepintió de haberse casado. Su relación con Vail fue tormentosa, sexualmente de alto voltaje y lo que es peor, una relación en la que el maltrato estuvo demasiado presente. Cuenta Prose que incluso parientes y amigos de la pareja presenciaron los malos tratos de él hacia ella y miraron para otro lado hasta que la situación llegó a ser insostenible y le recomendaron el divorcio inme-

diato. Uno de los pasajes más terribles y que a punto estuvo de costarle la vida a ella fue cuando la sumergió en una bañera. En otra ocasión la arrojó contra una pared una Nochevieja de 1925, estando embarazada de su segunda hija, a quien llamaría Jezebel Marguerite Pegeen Vail, y que ella cuenta que su parto se adelantó debido al plato de judías que le arrojó. En público la sometía a todo tipo de vejaciones verbales, se reía de ella delante de sus amistades e incluso en una ocasión la llegó a extender por todo su cabello un tarro de mermelada ante el estupor de los presentes. En una ocasión Vail la golpeó en un restaurante y acabó siendo detenido por la Policía, «aunque no por violencia de género, sino por poner en peligro a los demás clientes de un bar. El 30 de diciembre de 1926 se publicó en “The New York Times” un artículo con el título de “El amor evita la condena de cárcel de Laurence Vail al casarse su hermana con el ciudadano francés al que golpeó”».

► AMISTAD DURADERA

Aunque parezca imposible de creer, a Peggy le costaba tomar la decisión de poner punto final a su matrimonio con un hombre que la humillaba por sistema. Fundamental para dar el paso fue su amistad con Emily Coleman. Prose escribe que su relación tan cercana iba a durar mucho más que sus romances con cualquiera de los hombres que conocieron «y por los que alguna vez compitieron o compartieron amistosamente». La manera que tenía de olvidar definitivamente a Vail, al que temía, era enamorándose de otro hombre. Y lo hizo de John Holms, un escritor con poco recorrido con el que mantuvo una relación de amantes (ambos estaban casados) hasta que se liberó de Vail. Sin embargo, la amistad entre ambos se mantuvo. Compartían vacaciones con sus nuevas parejas y sus hijos, ella le pasó una asignación mensual tras el divorcio, le prestó dinero y le convirtió en su confidente. Ni siquiera la segunda unión de Peggy con Max Ernst pudo cortar ese cordón umbilical.



«EL ESCÁNDALO DE LA MODERNIDAD»

Francine Prose
TURNER
245 págs,
21 euros

MUERTE PREMATURA POR SOBREDOSIS

Cuando Vail y Guggenheim rompieron su matrimonio, la hija se quedó a vivir con ella y el hijo lo hizo con su padre. Pegeen recordaba en el físico a su progenitora. Conservaba una languidez próxima casi al desvalimiento y una larguísima melena rubia. «El divorcio afectó mucho a Pegeen. La niña pasó a sentirse tan apegada a su niñera Doris que las vacaciones de ésta le resultaban traumáticas», escribe Francine Prose, quien cuenta también que cuando se quedaba a solas con su madre se abrazaba a ella «como la hiedra al roble» y no la dejaba marcharse. «Una vez quise dejarla unos días en París (con unos amigos), pero se declaró en huelga y me la tuve que llevar conmigo. Tenía miedo y se sentía amordazada», recuerda la mecenas. Pronto la niña quiso dedicarse a la pintura (abajo, una de sus obras) con un estilo que mezclaba surrealismo y arte naïf.



Nació en 1925 en Suiza y falleció a los 41 años de una sobredosis. Su madre supo de su muerte mientras viajaba a bordo de un barco rumbo a México. Nunca pudo recuperarse de su pérdida. Pegeen se casó dos veces, con el artista Jean Hélion, con quien tuvo tres hijos, y posteriormente con Ralph Rumney.

CRÍTICA DE CLÁSICA

Sonido legendario

Obras de Beethoven, Strauss, Brahms Kodály y Rachmaninov. **Piano:** J. Perianes. Orquesta Filarmónica de Viena. **Directores:** J. Nott y A. Orozco. Auditorio Nacional, Madrid. 24 y 26-VI-2016.

Calidez, sedosidad y transparencia de las cuerdas, terciopelo de las maderas, timbre áureo de los metales. El equilibrio, la finura, el sabor de una secular tradición forjada a lo largo de los siglos y que tiene la impronta de las rancias escuelas instrumentales vienesas otorgan esa rara personalidad de cristal al espectro de la Filarmónica de Viena. Virtudes que hemos comprobado en estas dos sesiones que inauguran la temporada 2016-2017 de IberoMúsica. Jonathan Nott (1962) ha puesto de manifiesto su amplia y sugerente técnica gestual, elástica y armoniosa. Tras una interpretación bien dibujada de la «Obertura Coriolano» de Beethoven, acometió «Muerte y transfiguración» de Strauss. Y lo hizo sin las necesarias gradaciones dinámicas ni la suficiente claridad en las texturas. Una versión algo ruda. La milagrosa progresión postrera no estuvo bien calibrada pese a la esplendorosa brillantez sónica. Todo mejoró en la «Primera Sinfonía» de Brahms, que tuvo sus mejores momentos en el aligerado «Allegretto» y en la monumental coda. Refinada y bien rubateada «Danza eslava nº 2» de Dvorák, ofrecida como bis. De la segunda sesión, dependiente del ágil y movedido Orozco Estrada (1977), nos quedamos con la interpretación poética, ensimismada y magníficamente fraseada, estilizada, honda y elegante, que nos regaló Perianes del «Concierto nº 4» de Beethoven. Muy atento desde el podio el director pergeñó con mucho aire, esbeltez y adecuada acentuación rítmica, las «Danzas de Galanta» de Kodály y ordenó con fulgurante trazo las «Danzas Sinfónicas» de Rachmaninov. El poder orquestal del primer movimiento, el sensual aire valsístico del segundo y el complejo entramado de tercero quedaron muy bien clarificados. La «Amorosa», de las «Diez Melodías vascas» de Guridi, puso el pertinente broche.